12 1990

0 1 3

ТУ-19-241-82

8

1


студия
ДИАФИЛЬМ

Э08—3—328

ИСПАНСКИЙ ЯЗЫК



Los monigotes danzantes
BASADO
EN LA NOVELA DE ARTHUR CONAN
DOYLE
DIBUJO G. SAYÁSHNIKOV



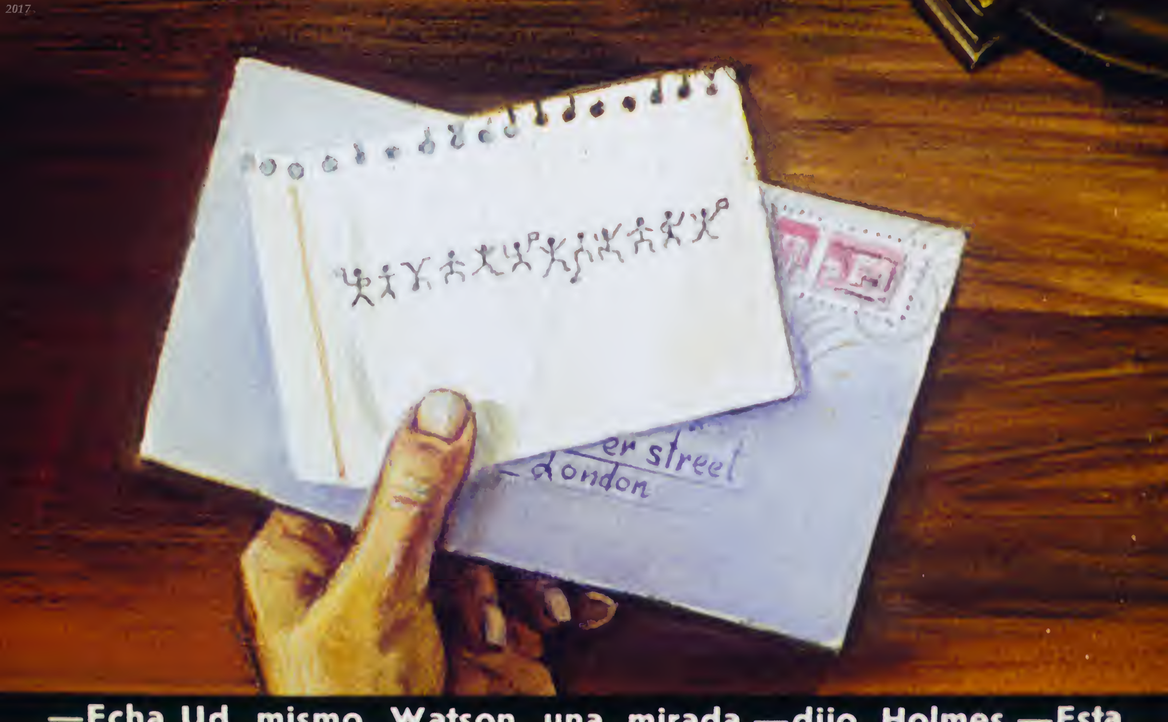
Todos conocen esta casa en la ciudad de Londres, en la calle Baker. Muchas personas que han caído en desgracia, vienen aquí buscando consejo y ayuda. Aquí vive el famoso detective Shérlock Holmes.



Holmes es una persona extraordinaria: es violinista y científico, deportista y actor. Pero su afisión principal es descubrir enigmas y misterios.



Una tarde Holmes estaba sentado a la mesa, examinando una hoja de papel.—¡En qué está tan ocupado!—le preguntó su amigo Watson, médico militar retirado.




—Echa Ud. mismo, Watson, una mirada,—dijo Holmes.—Esta carta me la manda un tal míster Kúbitt de Nórfolk. Parece un dibujo infantil. Pero, ¡lo será! A propósito, míster Kúbitt prometió venir él mismo y entonces nos lo explicará todo.



Al cabo de una media hora se oyeron pasos en la escalera y en el cuarto entró un hombre alto y corpulento diciendo: Soy Kúbitt; perdóneme, míster Holmes, que le vengo a molestar con unas boberías, no le daría ninguna importancia a este dibujo, pero ha asustado terriblemente a mi mujer.



—Voy a contarle todo por orden,—seguía míster Kúbitt.—Me casé hace un año y en vísperas de la boda Ilsy me rogaba que no le preguntara nunca sobre su pasado, pues le era desagradable; yo le prometí no hacerlo nunca.



—Un año entero fuímos felices. Ilsy estaba siempre alegre y era atenta. Sólo una vez se afligió, cuando recibió una carta de Norteamérica. Después de leerla la tiró al fuego. No me dijo nada y yo no le pregunté: las promesas hay que cumplirlas.



—Hace unos días he visto en el batiente de una ventana unos monigotes danzantes, dibujados con tiza.




—Borré ese divertido dibujo y se lo conté a Ilsy. Le interesó mucho y me pidió mostrarle el dibujo, si apareciera de nuevo.



—Ayer por la mañana encontré, en el reloj de sol, una hoja en la cual también estaban dibujados pequeños monigotes, y se la mostré a mi mujer. Ilsy echó una mirada y se desmayó. Esto me asustó.



—Por eso le traigo esta hoja, míster Holmes.—Hizo bien,—dijo Holmes.—Y ahora vuelva a casa y si ve más monigotes danzantes, cópielos exactamente, y si aparece algo sospechoso, venga inmediatamente. 12



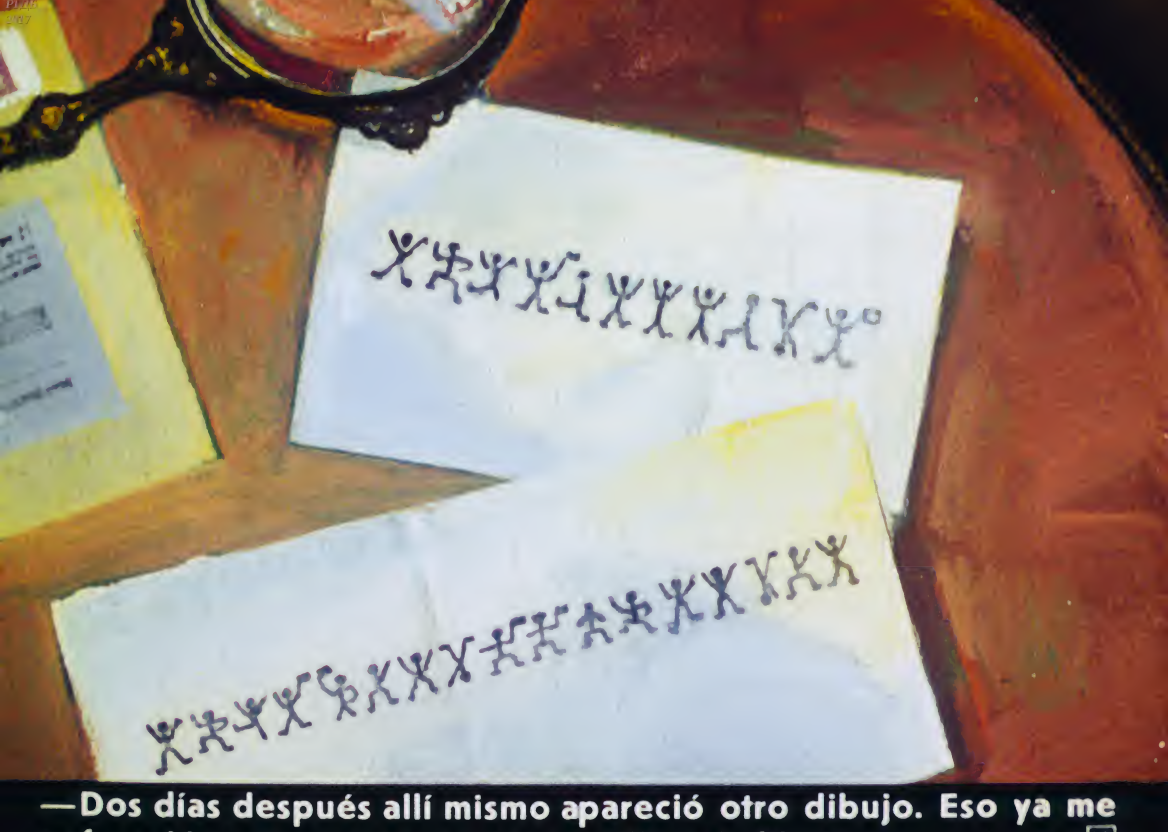
Después de marcharse míster Kúbitt, Holmes echaba frecuentes miradas a la hoja con el raro dibujo, intentando penetrar en su misterioso sentido.



Aún no habían transcurrido dos semanas cuando míster Kúbitt apareció de nuevo en la calle Baker. Se dejó caer en un sillón y dijo con voz cansada: —Esta historia me está sacando de quicio: le traigo un montón de dibujos nuevos.



—Este lo encontré en la puerta de la cochera de piedra, poco después de visitarle a Ud.



—Dos días después allí mismo apareció otro dibujo. Eso ya me enfureció tanto que he decidido pillar al dibujante.



—Cogí el revólver y me senté en el despacho, junto a la ventana, desde donde se veía muy bien la puerta de la cochera. Mi mujer me rogaba que me acostase a dormir.



—De repente se puso pálida, yo me dí la vuelta y en la oscuridad del patio advertí una sombra. Me eché hacia la puerta, pero Ilsy no me dejaba salir.



—A pesar de ello corrí al patio, pero allí ya no había nadie. Solamente en la puerta de la cochera quedaron las huellas del desconocido, varios monigotes danzantes.



—Por la mañana ví en la puerta otro dibujo... Por lo visto el dibujante simplemente se escondió cuando yo le buscaba y cuando entré en casa, salió de su refugio y terminó su dibujo.



—Estaba enojado con la mujer por su conducta de ayer: por primera vez en nuestra vida hemos reñido. Ilsy me aseguraba que temía por mi vida y por eso nome dejaba salir. Reconozcan que me era difícil enfadarme con ella por tan poca cosa.



Holmes escuchaba callado y con mucha atención a míster Kúbitt, y después dijo:—Deje estos dibujos, los examinaré y creo que pronto descubriré este misterio. Espere mis noticias.



Apenas se cerró la puerta detrás de míster Kúbitt, Holmes puso los papelitos en la mesa y se enfrascó en unos cálculos. Así trabajó varias horas seguidas, a veces canturreando, a veces silbando o frunciéndo el ceño.



Cuando el trabajo estaba hecho, Holmes se levantó y frotandose las manos dijo:—Bueno, Watson, parece que he dado con la pista, un poco más de tiempo y se descubrirá el secreto.



Al cabo de dos días, inesperadamente llegó una carta de míster Kúbitt, con nuevos monigotes.—¡Oh!, el asunto ha ido demasiado lejos—exclamó Holmes—hay que ir inmediatamente a Nórfolk, sino podemos tardar.




En la estación, a la cual Holmes con su amigo llegaron con el primer trén, a su encuentro salió precipitadamente el jefe:— ¡Son ustedes detectives de Londres, o médicos! ¡Apúrense, tadavía está viva! Desgraciada, mató a su marido y después se disparó a si misma.



Sin escucharlo más, Holmes de un salto subió al carruaje y durante siete millas de camino no abrió la boca. No era muy frecuente que el detective estuviese de tan mal humor.




El carruaje iba por uno de los lugares más pintorescos de Inglaterra. A cada paso se alzaban en la llanura verde las torres de las iglesias.



**Por fin llegaron a Nórfolk. El carruaje paró frente a una casa grande. Holmes enseguida prestó atención a la cochera de piedra.**



Un hombre vivaracho, que resultó ser el inspector de la policía local, reconoció inmediatamente a Holmes.—Estoy asombrado- dijo él—el crimen tuvo lugar apenas hace tres horas, entonces, ¡cómo podían ustedes saber lo que pasó, estando en Londres!- Lo preveía—con aire sombrío contestó Holmes,—pero como ve he tardado.



El anciano médico que examinó el cuerpo del asesinado, dijo que con la misma razón él podría suponer que el propio míster Kúbitt primero disparó a su mujer y después se disparó él, pues el revólver estaba a la misma distancia de uno que de otro.



En la sala antigua, con altas ventanas, Holmes se sentó en un sillón para escuchar el testimonio de las criadas. Las dos decían más o menos lo mismo.



Les despertó un sonoro disparo, después, otro, no tan sonoro. Las criadas bajaron del segundo piso, pero ya en la escalera sintieron el olor a pólvora.



Al amo lo encontraron en medio de su despacho, boca abajo. La dueña de la casa todavía estaba viva, sentada en el suelo frente a la ventana, apoyándose contra la pared y gimiendo.



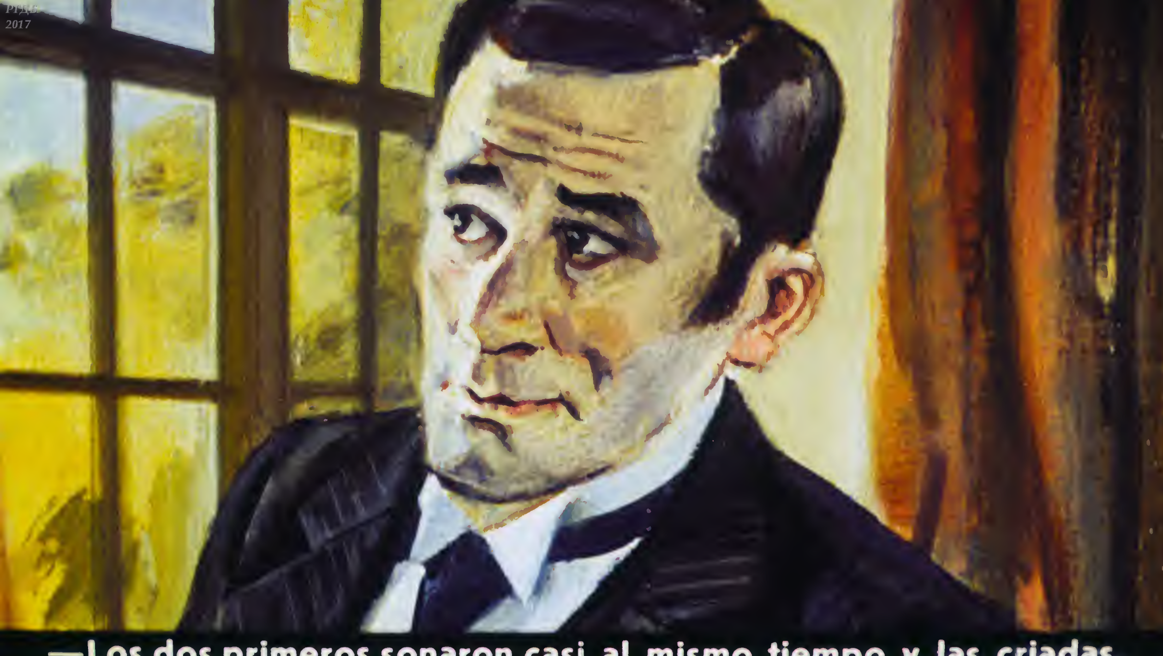
Ambas mujeres afirmaban que la ventana del despacho estaba cerrada. Todas las puertas también estaban cerradas, así que nadie podía penetrar en la casa. Cuando llegó la policía, levantaron a la dueña y se la llevaron. Eso era todo que podían decir las criadas.



Holmes quiso examinar el despacho. Resultó ser un cuarto pequeño, con estantes de libros a lo largo de las paredes y con un escritorio junto a la ventana.



Holmes dijo pensativo: — ¡Fueron dos disparos! Supongamos que uno mató a míster Kúbitt, otro hirió a su esposa. Entonces, ¡cómo explicar la aparición de esta bala! — Y el detective señaló un orificio en el marco de la ventana. — Resulta que no fueron dos, sino tres disparos...



—Los dos primeros sonaron casi al mismo tiempo y las criadas, adormiladas, los tomaron por uno. La ventana en este momento estaba abierta. ¡Se acuerdan que dijeron que ya en la escalera sintieron el olor a pólvora! Eso podría ocurrir solamente habiendo una corriente de aire. Y después missis Kúbitt cerró la ventana y se disparó a si misma.



Examinando el exterior de la casa Holmes preguntó:—¿Y estará muy lejos de aquí el hotel Elridge!—Elridge es un granjero que vive al lado,—contestó el muchacho que trabajaba en la caballeriza.—¡Sí!—se sorprendló Holmes.—Entonces ensilla un caballo, llevarás allí mi carta.




Holmes dirigió su carta a un tal Abú Sleny y ordenó con severidad al muchacho que no contestara a ninguna pregunta y después de entregar el mensaje, volviera inmediatamente. El joven asintió con la cabeza, espoleó al caballo y se alejó.



—Y ahora, señor inspector,—dijo Holmes—tenemos tiempo y le voy a contar toda esta historia. Yo examiné minuciosamente todos los dibujos y adiviné el código, que no era muy complicado, pero tenía su secreto: podría parecer que eran simples dibujos infantiles.




—Dos mensajes empezaban con los mismos cuatro monigotes, por lo que saqué la conclusión que significaban ILSY. ¡Y qué podía exigir el desconocido de missis Kúbitt! Claro está que una cita. Así descubrí otras dos palabras: VEN INMEDIATAMENTE. La respuesta de ella fue muy breve: jamás.



—Ya conocía tantas letras que podía leer cualquier mensaje sin dificultades. Así supe que el desconocido se llama Abú Sleny y que vive donde Elridge. Y cuando recibí el último mensaje donde ponía: ILSY, PREPARATE A MORIR, enseguida salí volando hacia aquí, pero lamentablemente llegué tarde.



De repente Holmes se calló y señaló a la ventana. Por la acera iba hacia la casa un alto hombre moreno, con un traje gris y un sombrero.— Es Abú Sleny, en persona,—susurró Holmes.— ¡Cuidado! Y hay que actuar decisivamente...



Apenas el delincuente entró en el cuarto, el inspector le esposó.—¡Muy lindo!—se pasmó él.—Y missis Kúbitt, ¿está de acuerdo con ustedes?—Está herida—contestó Holmes.



—¡Mentira!—exclamó el criminal,—jamás alzaría la mano para disparar a Ilsy!



—La conocía desde la infancia, era hija del jefe de nuestra banda en Chicago, y estábamos prometidos. Ilsy me suplicaba que rompiese con el pasado, pero no me decidía. Entonces ella se fue sóla. La buscaba en todas partes y por fin la encontré aquí. Le escribía, pero no me contestaba. Esta noche teníamos que encontrarnos y hablar.



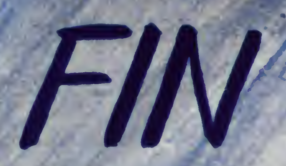

—Pero molestó el marido. Es él quien me disparó primero y yo le tiré a él y no a ella.



—Pero, ¡me están tomando el pelo! ¡Quién escribió este mensaje, si no fue Ilsy! Solamente ella sabía el código...—Todo lo inventado por una persona puede adivinarlo otra,—dijo Holmes con sonrisa.—La carta la escribí yo.



Muy pronto Abú Sleny compareció ante el tribunal. Tomando en cuenta que míster Kúbitt disparó primero, el juzgado condenó a Abú Sleny a cadena perpetua en vez de la pena capital. Missis Kúbitt recobró la salud y se mudó a Londres. De ella no se sabe nada más.




| | |
|---|---|
| Guión | M. LANDMAN |
| Redactor artístico | V. DUGUIN |
| Redactor | V. YANSIUKEVICH |
| Traducción | AMELIA BERNALDO DE QUIROS |

D–088–89